

Europa y el amigo norteamericano

JAVIER PARDO DE SANTAYANA Y COLOMA*

Una de las consecuencias más llamativas del famoso Once de Septiembre fue que la seguridad se ha situado en el frontispicio de las preocupaciones políticas de la comunidad internacional y, muy especialmente, de nuestra sociedad occidental.

Nadie habría supuesto tal cosa cuando cayó el Muro de Berlín. La euforia generada por aquel acontecimiento desató una carrera precipitada en pos del cobro de los “dividendos de la paz”, sin excesiva consideración hacia los peligros que pudiera traer consigo una situación que se consideraba casi ideal por la desaparición de la confrontación ideológica que hasta entonces había dividido al mundo en dos grandes bloques. Las amenazas quedaron archivadas y ya sólo se habló de “riesgos”. Incluso se sugirió la posibilidad de que estuviésemos presenciando “el final de la Historia”. Pero desde entonces hemos pasado sucesivamente de la esperanza en un “nuevo orden” al desconcierto del “desorden”, y de

* Teniente General del Ejército Español.

éste a una desagradable sensación de “perplejidad y caos”, puesto que ni siquiera la única gran potencia militar mundial es ya capaz de garantizar la seguridad de sus ciudadanos dentro de sus propias fronteras.

Esta preocupación por la seguridad se ha visto empujada al primer plano por la aparatosa irrupción en escena del terrorismo internacional como amenaza global. Pero en un mundo globalizado existen otras amenazas que vemos en un segundo plano y que tienen este mismo carácter, como la proliferación de armas de destrucción masiva, el crimen organizado y el narcotráfico. Todas estas amenazas tienen tendencia a vincularse con el terrorismo, pero entre ellas destaca la proliferación, porque puede formar con éste una combinación especialmente explosiva.

En un tercer plano, podríamos situar los grandes problemas de fondo que a veces se utilizan como justificación del injustificable terrorismo y que, en cualquier caso, constituyen una auténtica bomba de relojería: situaciones de conflicto vigente, como la del Oriente Próximo, o potencial, como la del profundo abismo entre los países desarrollados y no desarrollados, donde el hambre y la pobreza están generando situaciones insostenibles.

Ante este conjunto de amenazas a la convivencia pacífica, habría sido deseable que el aldabonazo del Once de Septiembre fuese aprovechado como punto de inflexión para abordar con mayor osadía y determinación las acciones encaminadas a darles solución. Para ello era preciso crear un clima nuevo de solidaridad internacional. Afortunadamente contábamos ya con algunos mimbres útiles, como el acortamiento de tiempos y distancias propiciado por la globalización, que nos permite una visión conjunta de los problemas a la vez que nos los acerca y aumenta nuestra percepción de su urgencia. Además, los Estados Unidos parecían haber caído en la cuenta de que en un mundo globalizado iban a necesitar de todos los demás, o al menos esto daba a entender la rapidez con la que saldaron una parte de su deuda con las Naciones Unidas y se esforzaron por fraguar un amplio frente de naciones contra el terrorismo. La inusitada reacción solidaria de las potencias y del conjunto de la comunidad internacional contribuyeron poderosamente a alentar nuestra esperanza.

En este momento histórico, sólo los Estados Unidos están en condiciones de liderar la reacción contra las nuevas amenazas, puesto que son la única gran potencia mundial existente en este período de la Post-Guerra Fría. Sin embargo, raro es el foro en el que se tratan asuntos de carácter internacional o estratégico en cuyos debates no surja reiteradamente, muchas veces de forma espontánea y como expresión de una crisis que debe preocuparnos a todos, el contraste entre Europa y los Estados Unidos, ligados por un vínculo que es natural, en la medida en que Norteamérica es una proyección cultural de Europa, y que han consolidado la historia y el paso del tiempo.

La importancia de este vínculo nos obliga a mantenerlo vivo. Como europeos debemos esforzarnos en afianzarlo cuando, como ahora, la preocupación respecto a él se mezcla con una cierta sensación de decepción, porque algunas actitudes de Washington en relación con los grandes problemas que nos aquejan son percibidas por la opinión pública como gestos de insolidaridad que minan la autoridad moral norteamericana, tan necesaria para ejercer el liderazgo. Por otra parte, los Estados Unidos parecen haber optado por una acción unilateral basada en su indiscutible superioridad militar. Todo ello nos hace tener la impresión de que quizá no se esté aprovechando como se debe una oportunidad histórica.

Desde el punto de vista de la seguridad y la defensa, los europeos suelen centrar sus preocupaciones en dos facetas de esta cuestión. Una de ellas es la ampliación del desfase entre la capacidad militar europea y norteamericana como consecuencia del espectacular aumento del presupuesto de defensa decidido por Washington, que hace desvanecerse cualquier esperanza de que Europa se pueda acercar en este aspecto a los EEUU. Por otra parte, la expresión tecnológica de ese desfase puede dificultar considerablemente las operaciones militares en las que participen conjuntamente fuerzas europeas y norteamericanas.

La segunda faceta es el desinterés que parecen mostrar los norteamericanos respecto a Europa. En efecto, se diría que nuestro apoyo es percibido por ellos más como una rémora que como un beneficio. De aquí que los cometidos preferidos para las fuerzas europeas estén en el ámbito de las operaciones de mantenimiento de la paz. Los norteamericanos desarrollarán el combate y dejarán a los europeos las tareas de reconstrucción.

Esta actitud tiene bastante que ver con la conocida incapacidad militar europea, consecuencia natural de la estrategia seguida para la construcción de la Unión, que soslayó los aspectos de seguridad y defensa hasta que se iniciara la fase política, pero que también con el escaso entusiasmo mostrado por las naciones de este continente, acostumbradas a que los EEUU garanticen su libertad y, además, paguen la mayor parte de la factura. Y ahora hemos de tener en cuenta que los norteamericanos, pueblo y gobierno, se consideran en situación de guerra contra el terrorismo, mientras que para los europeos esta amenaza es una de las preocupaciones que, juntamente con el paro, la inmigración o la seguridad ciudadana, aparecen con distintos porcentajes en las encuestas de opinión.

Los norteamericanos perciben una Europa poco dispuesta para el sacrificio y el esfuerzo, lenta para la decisión, sin una política común definida y crítica desde la comodidad de la inacción, por mucho que, gracias sobre todo al impulso de España, la Unión iniciara la estructuración y la coordinación de lucha antiterrorista bastante antes de los sucesos del Once de Septiembre. En efecto, la cumbre de Tampere, propiciada por el gobierno español, sentó las bases de un espacio judicial y policial común, cuyo desarrollo se vio luego notablemente agilizado como consecuencia de la reacción ante tan trágicos acontecimientos.

La actitud británica también produce algunas perplejidades. Sabido es que Londres asumió el liderazgo de la construcción de la dimensión europea de defensa impulsando ésta en la cumbre franco-británica de Saint Malo, y que como consecuencia de este impulso andamos ahora empeñados en el desarrollo de un objetivo de fuerza que ha de dotar a la Unión Europea de una cierta capacidad militar, imprescindible para dar credibilidad a una política exterior y de seguridad común. La decisión de nuestros amigos del otro lado del Canal de la Mancha les introdujo en el proyecto europeo con un papel mucho más activo que el que hasta entonces tenían por haberse automarginado parcialmente en otros aspectos. De ello se beneficiaba Europa, porque así iniciaba el desarrollo de una dimensión necesaria pero todavía no existente, y porque no es posible una Europa de la defensa sin la participación británica.

Pues bien, aquel impulso de ayer parece haber remitido, y el Reino Unido se muestra más al otro lado del océano que en nuestro continente. Desde el punto de vista europeo, la explicación más positiva sería que con esta actitud los británicos pretenderían mantener con los Estados Unidos una conexión que evitase un mayor distanciamiento.

No es cuestión de criticar la decidida acción norteamericana contra el terrorismo, que ha de ser erradicado cuanto antes con el mayor empeño. Además no es la hora de la división, sino de la solidaridad en la lucha contra esta amenaza. Pero no podemos dejar de constatar la realidad de un hecho —el de una cierta decepción acompañada por una incomodidad innegable— que produce como resultado unas indeseables dificultades para acompañar con la debida convicción y unidad de criterio el liderazgo norteamericano.

Con todo, la situación que describo debiera movernos a hacer examen de conciencia respecto a nuestras propias capacidades y actitudes. Esto es lo más importante. Por una parte, conviene que seamos conscientes de la capacidad de influencia que tiene Europa por su capacidad de generación de ideas como “potencia intelectual”, y por su conocimiento histórico y su experiencia política y diplomática. Por otra parte, debemos afirmar nuestra voluntad de ser, dentro de la cual se inscribe la voluntad de garantizar la defensa de nuestros conciudadanos y de estar a la altura de las responsabilidades que reclama la condición actual de Europa como gran potencia económica mundial con vocación de convertirse en una gran potencia política.

El esfuerzo que ahora planteo no queda circunscrito a los difusos términos de una declaración teórica. La voluntad de seguridad y de defensa europea tiene una buena ocasión de demostrarse en la respuesta concreta a planes, programas e iniciativas que ahora mismo se encuentran sobre la mesa. Por ejemplo, la Iniciativa de Capacidades de Defensa promovida en el seno de la Alianza Atlántica para mejorar la eficacia de esta organización. Aquí veremos si Europa está dispuesta a asumir su carga, como corresponde a su condición de potencia económica, y romper con la costumbre de que le pague la factura el amigo norteamericano. Por ahora las noticias no son demasiado reconfortantes, pues, aunque se avanza en los aspectos doctrinales y estructurales, no se progresa demasiado en aquello que exige nuevos recursos. Otra ocasión es, sin duda, el desarrollo del Plan Europeo de Capacidades, que está encaminado a subsanar nuestras carencias y se basa totalmente en la voluntariedad de las naciones. Y, naturalmente, lo es también la posibilidad de institucionalizar un Consejo de Ministros de Defensa de la Unión, algo por lo que España viene abogando desde hace tiempo y que, aunque parece cuestión relativamente sencilla, todavía sigue encontrando una inusitada resistencia. Si hacemos estas cosas, quizás empiecen a tenernos en cuenta.

Uno de los principios del arte militar es la sorpresa. Independientemente de cuáles sean sus causas, la guerra es siempre un enfrentamiento extremo de voluntades en el que está en juego el porvenir y también las vidas de muchas personas. Es una tragedia cuyo desenlace es vital para los actores implicados. Ninguno de ellos puede mostrar abiertamente sus cartas, pues en caso contrario concedería excesiva ventaja a su oponente.

En esta situación, la sorpresa constituye una baza muy importante. La sorpresa puede estar en el cuándo, en el cómo o en el con qué. Si no se puede conseguir de una forma, se intentará de otra. Cuando por cualquier circunstancia el enemigo sepa el dónde, habrá que buscar la sorpresa en nuestra forma de actuar o en los medios que utilicemos. A veces la sorpresa ha sido tecnológica, y ha venido de la mano de una novedad inesperada en cuanto a las armas utilizadas.

Ante el anuncio norteamericano de una más que probable guerra contra Irak en concepto de acción preventiva dentro del amplio marco de la lucha antiterrorista, puede llamarnos la atención el hecho de que los Estados Unidos anuncien de antemano su intención. ¿No desperdician de esta forma el efecto de la sorpresa? ¿Es normal avisar al enemigo sobre las intenciones propias?

Tradicionalmente, las guerras han sido declaradas. La historia nos revela cómo, efectivamente, ante una ofensa grave los dirigentes del país ofendido declaraba la guerra al ofensor, y esta declaración señalaba el comienzo de la contienda. Por consiguiente, puede decirse que habitualmente no cabía hablar de sorpresa en cuanto al hecho en sí del planteamiento de una situación bélica. Pero aquella costumbre, o más bien, aquella regla de comportamiento, ha desaparecido, de tal forma que en los últimos tiempos será raro encontrar una declaración formal de guerra. En este sentido ahora nos encontramos con una fórmula mixta, de acuerdo con la cual existe una “casi” declaración de guerra no formal.

Pensar que esta expresión de voluntad de actuar no es premeditada sería minusvalorar la capacidad de maniobra política norteamericana. Indudablemente, los Estados Unidos están procediendo de acuerdo con una estrategia. Otra cosa es que, según nuestro entender, puedan o no cometer algunos errores. Y sabido es que el que algo sea considerado o no un error depende simplemente de los resultados.

Lo más probable es que el anuncio de la voluntad de atacar responda a la intención de crear un contexto favorable a un ataque real. Por consiguiente, conviene analizar por qué este anuncio puede ser favorable a los intereses norteamericanos.

De entrada, se transmite un mensaje de que existe firmeza y capacidad para actuar. Creo que, además, se transmite una impresión de inevitabilidad, por mucho que se recabe el “placet” de las Naciones Unidas. Es muy posible que Washington, a quien no parecen importar excesivamente las críticas que puedan recibir sus decisiones, estime que en todo caso su firmeza y su tenacidad acabará por vencer muchas resistencias. El incontestable liderazgo norteamericano y la formidable superioridad militar que exhiben sus fuerzas debe imponerse en un ambiente generalizado de preocupación por la emergente amenaza del terrorismo internacional. La respuesta de los países árabes, tal como fue recogida por el vicepresidente Cheney en su ronda de sondeos, demostró ser opuesta a la intervención militar sobre Irak; sin embargo, algunos de estos países podrían consentirla y salvar la cara si contase con una resolución formal de las NNUU, y así lo han declarado. Y es que, en el fondo, más allá de la “solidaridad visceral” de los países musulmanes, subyace una antipatía generalizada hacia el tirano iraquí, si no por las opiniones públicas de las naciones, para las que puede ser una carátula atractiva por su aversión a Occidente, sí por sus gobiernos, puesto que ya desencadenó dos guerras, y ambas precisamente contra dos de sus vecinos musulmanes.

Cierto es que en el mensaje norteamericano aparecen aspectos que se salen de lo “políticamente correcto”. En efecto, el trámite del paso del proceso de decisión por aquella organización internacional es percibida por la opinión pública como una simple concesión a ciertas presiones, entre ellas las de la Unión Europea. Pero la impresión actual es que el ataque a Irak se acabará produciendo, y que en tales circunstancias será mejor que el hecho se produzca en un contexto de actuación “legal”, es decir autorizada por la comunidad internacional. Este convencimiento puede acabar creando el clima adecuado.

En el desarrollo de esa posible teoría norteamericana me parece percibir ciertos errores. Uno de ellos es que la formulación del problema no ha sido precedido de una información suficientemente expresiva del peligro que supone la convergencia del terrorismo internacional con la amenaza de las armas de destrucción masiva; otro es que no se aportaron pruebas convincentes respecto a cómo esta convergencia se produce precisamente en Irak. Tampoco se hizo una labor diplomática en fino para ganar voluntades antes de plantear abiertamente la voluntad de atacar, por lo que, de entrada, la respuesta de varios países cuyo respaldo era importante, como Rusia, China o Francia, fue negativa. Esto obliga a realizar ahora un trabajo especialmente difícil: el de hacer cambiar una postura ya expresada oficialmente. También podría haberse hecho una labor didáctica respecto a la conveniencia de un ataque preventivo, pues éste constituye en cierto modo una novedad estratégica que debe asimilarse si, como parece, es una medida procedente ante el peligro de las “nuevas amenazas globales”.

En todo caso hemos de suponer que, con errores o sin ellos, la renuncia a la sorpresa inicial es cosa casi imposible de evitar en el mundo en que vivimos. No en vano nos consideramos inmersos en una nueva era, a la que llamamos “del conocimiento”. Pero ello no impedirá recurrir a otros efectos de sorpresa y, desde luego, a maniobras de decepción o engaño que desconcierten al adversario.